

La mujer y la décima: introspección, autoconocimiento y sororidad

The woman and the tenth: introspection, self-knowledge and sorority

Ana Zarina Palafox Méndez

RESUMEN: El presente trabajo da cuenta del quehacer artístico y vivencial de la autora en el campo del *repentismo* mexicano, rama de la poesía tradicional oral ligada a algunas tradiciones musicales regionales, como el *son jarocho* y el *son huasteco*. La autora da cuenta de su aprendizaje de la *décima*, de sus primeras incursiones en el *repentismo*, campo tradicionalmente dominado por las voces masculinas. Aporta sus consideraciones personales sobre las características específicas del verso femenino e incluye en su recuento sus acercamientos y encuentros con otras versadoras, los proyectos colectivos tales como las ediciones de las recopilaciones *La mujer en la décima* y *Un canto de armonía* (libros) y *Las meras meras decimeras* (disco), mostrando la trayectoria bosquejada en el título: desde adentro y hacia afuera, desde la introspección y el autoconocimiento hacia el reconocimiento mutuo y comunitario.

Palabras clave: *repentismo*, poesía oral, *décima*, Tlacotalpan, mujer, sororidad.

ABSTRACT: The paper reports on the author's first-hand artistic experience in Mexican *repentismo*, that is improvised oral poetry, a branch of traditional oral poetry linked to some regional traditional music style, such as *son jarocho* and *son huasteco*. The author refers back to when she learned to compose *décimas* and to her first undertakings improvising poetry, a field traditionally dominated by masculine voices. She then contributes her personal reflexions on the specific features of the feminine poetic voice, and tells about the pursued encounters with other women poets, and the collective projects such as the published series of anthologies *La mujer en la décima* and *Un canto de armonía* (books) and *Las meras meras decimeras* (CD). Just as the title outlines, the paper shows the way women's presence in contemporary Mexican traditional oral poetry has manifested itself: from the inner to the outside world, from soul-searching and self-knowledge to mutual recognition and a shared community.

Keywords: improvised oral poetry, traditional poetry, *décima*, Tlacotalpan, women, sorority.

Había una vez un grupo de decimeras procedentes de distintos lugares, distintas formaciones culturales y distintas maneras de pensar. Al principio de su trabajo, cada una estaba aislada, escribiendo lo que le dictaba su corazón. A veces, las dudas llegaban a su cerebro, puesto que sus escritos salían *un poco diferentes* a los versos de los hombres.

Vamos un poco a la historia reciente:

Entre 1986 y 1987, con frecuentes visitas a Tlacotalpan a lo largo del año, no solo durante las Fiestas de la Candelaria, me contagié la rítmica constante de las décimas declamadas por Guillermo Cházaro Lagos. Estaba, además, enamorada de un morenazo tlacotalpeño que jamás reparó en mí, como no fuera para que tocara el arpa en las tardes tranquilas de esa población, y acompañarme con su jarana y sus amigos. ¡Qué mejor caldo de cultivo! Como zombie, después de un brevísimo análisis de las estructuras que usaba don Guillermo, me dediqué bajo el cielo gris y húmedo de los muelles, a llenar hoja tras hoja de mi cuaderno con estrofas cursis, enmieladas e inundadas de apasionada desesperanza. Era obsesivo. Regresaba a la Ciudad de México donde llenar más hojas me permitía evadir el asfalto de mi rancho y seguir sintiendo ese cobijo gris y húmedo.

Si bien tenía mi “Grupo Chaneque” de jarocho-huasteco donde juntos, Marconio Vázquez y yo, hacíamos nuestros primeros pininos en la improvisación de coplas y sextillas, ni él ni yo estábamos conscientes de que esto fuera una rama artística *per se*. Lo vivíamos como un divertimento, una rebeldía que nos despejaba de *lavar ajeno* con versos memorizados.

Además de don Guillermo, en los Encuentros de Jaraneros de Tlacotalpan se escuchaba al Tío Costilla, Mariano Martínez Franco, Aurelio Morales y otros *decimistas*; algunos narrativos, otros descriptivos y los más, jocosos, pero todos hombres que declamaban sus composiciones leídas o memorizadas y solo uno que empezaba a ser improvisador: Rodrigo Gutiérrez, porque Rutilo Parroquín, Marcos Gómez Cruz “El Taconazo” y el mismo Rodrigo improvisaban sextilla y, cuando íbamos, nos sumábamos a ellos solo para divertirnos juntos.

Yo era *decimista* de clóset. Mis estrofas –incluso las sextillas y coplas que escribía– eran demasiado íntimas, cursis y tan diferentes a las de ellos, que no me atrevía a compartirlas

con nadie, menos aún a leerlas en el Encuentro. Hacían la función de “mi diario” y se iban acumulando rápidamente entre mis papeles viejos como archivo muerto.

Fue hasta 1994 que vi a la bailadora y tocadora de jarana y pandero Claudia Silva Aguirre leyendo ¡unas décimas tuyas! con su grupo “La Candelaria” en el escenario del Encuentro. Más tarde, en ese mismo año, Radio Educación realizó un segundo Encuentro de Jaraneros en la Ciudad de México; Marconio y yo nos atrevimos a escribir *ex profeso* sendas composiciones; él, sobre la *jarochilanguidad* y yo, mencionando a las pocas mujeres que estaban en ese año en el que solo Claudia era *decimista* o, al menos una vez, lo fue:

“Graciela [Ramírez] y su movimiento
con Wendy, Adriana, Zarina,
Claudia y Laura en la tarima...”

Pero es que estábamos en nuestro rancho, cobijaditos por nuestros paisanos, y no expuestos a las mordaces críticas de algunos próceres del Movimiento Jaranero.

Al año siguiente, indignada por el maltrato a los cebús embalsados que se realiza el Día del Toro en Tlacotalpan, tuve una *decimorrea* durante la mañana, y escribí –casi improvisé en el papel- una retahíla de 16 estrofas decimales en las que habla el toro en primera persona, y me atreví a pedir espacio en el Encuentro por la noche para leerlas. Claudia Silva no estaba por ahí; al menos, yo no la vi. Ese año ocurrieron muchas cosas alrededor del Encuentro, y yo me alejé hasta el año 2000.

En esos tiempos no me enteré de que había otra mujer *decimista*: Francisca Gutiérrez Delfín “Panchita”. Ella convivía de igual a igual con los *decimistas*. Al año siguiente de que Tío Costilla hizo sus famosas décimas de “La negra Tomasa”, él mismo refirió en el Encuentro que había

recibido una respuesta, también en décima, de alguien que había tomado el personaje y le estaba reclamando el mal trato que le dio en la primera versión, así que él había hecho una segunda versión, donde se disculpaba por haberle hecho una descripción tan desafortunada, enmendaba lo antes dicho, y hasta le confesaba su amor.

Solo que Tío Costilla jamás dijo el nombre de ese alguien. O, mejor dicho, de *esa* *alguiena* que era Panchita. Ella había cometido un pecado imperdonable, secreto a voces en

la sociedad tlacotalpeña: estaba enamorada de un músico casado. Razón suficiente para desterrarla de toda posibilidad de subir al escenario del Encuentro –ni ningún otro- y ella convivía con sus colegas *decimistas* –y con su músico-, pero solo entre las sombras.

Mientras tanto, yo me sentía sola con mi oficio, y solo “oficiaba” entre paisanos chilangos. Aún ahí, no tenía otra mujer cerca para compartir y, además de sola, me sentía rara, rarísima.

Cuando regresé a Tlacotalpan en el año 2000 ya había hecho comparsa con el mismo Marconio y con Raúl Eduardo González, y nos divertíamos improvisando décimas *al alimón* y, muy de vez en cuando, alguna estrofa completa, aunque, en el escenario, nos remitíamos a la sextilla.

Cuando el destino ordena un quehacer humano, pareciera que, espontáneo, brota del inconsciente colectivo. Como lluvia de estrellas, la misma idea chispea aquí y allá, parte desde distintas bocas, distintos corazones; contemplado simultáneamente por muchos pares de ojos, el paralelismo se hace evidente: nace la idea, simplemente contenida y manifiesta en las mentes, vehículo azaroso y errabundo. Y todo el desarrollo cultural de la especie que somos, camina al unísono. Aunque pareciera que hay “primeros”, estos simplemente se adelantan un poco a la creación colectiva. Y este breve adelanto, al pasar cien años, es una nada.

De 2003 para acá, surgieron varias publicaciones, que les dieron la oportunidad de conocerse. Mejor dicho, de conocernos.

El primer libro *La mujer en la décima*, ese año, partió de una convocatoria orquestada por Diego López Vergara, quien venía encarrilado por un taller de décima espinela que impartieron el Prof. Gastón Silva Carvajal, Raúl Márquez y él mismo en la ciudad de Tlacotalpan. Por la muy reciente influencia de talleristas cubanos en el Sotavento y otro par de regiones, la convocatoria estaba compleja: incluía pies forzados, coplas y redondillas para glosar, estas no son dominadas por el común de los decimistas populares.

Le escribí a Diego al respecto y, *curándome en salud*, antes redacté mis décimas con los lineamientos de dicha convocatoria, para que no tuviera él el argumento de que “las mujeres no servimos para eso”. El texto del correo en que adjunté mi trabajo terminado hacía una serie de observaciones. Las principales:

1. Que prácticamente todas las coplas, redondillas y pies forzados fueron de autoría masculina. Solamente se incluyó una de la poetisa tlacotalpeña Josefa Murillo, que hacía evidente la diferencia de género:

Surgió al fin un sol de aurora
dando vida a la mañana,
las ilusiones se abrieron,
cantaron las esperanzas.

2. Que, siendo una primera convocatoria, yo sugerí que se abriera a una participación libre, ya que desconocíamos las temáticas y formas de abordarlas que podían preferir las *decimistas*.

Incluí también una reflexión a partir de lo que había observado en mí misma, aunque sin estar segura de que fuera una tendencia común de las mujeres poetas populares. Diego me respondió de inmediato, aceptando las sugerencias e invitándome a coordinar con él la edición. Realmente me pasó la bolita, ya que recayeron en mí la recepción, compilación, corrección y diseño.

A pesar de nuestros esfuerzos, fuimos solamente diez participantes y aún tengo mis dudas acerca de una de nosotras, pues su forma de abordar el tema se parece mucho a la de su marido *decimista*. Como dice Julio Domínguez: “las décimas son como huellas digitales, es obvio quién las hizo”. Pero el primer paso estaba dado, e hicimos una presentación en el Teatro Netzahualcóyotl de Tlacotalpan, con la presencia de la mayoría de las coautoras, otra presentación menos formal en Alvarado y una entrevista en Radio Cosamaloapan.

En 2004 lanzamos –de hecho, lancé yo, desde el correo y computadora de Diego– una segunda convocatoria, parecida a la primera, aceptando décimas libres e incluyendo pies forzados y redondillas a glosar, pero ahora tomados de versos escritos por las coautoras en el primer libro. Creció levemente la participación a catorce mujeres, e invitamos como prologuistas a dos mujeres no relacionadas con la literatura, pero sí con Tlacotalpan: Nieves Noriega y Valentina Cantón. Cito a Nieves:

En esta obra se dan cita las mujeres de varios puntos de la república mexicana y del extranjero, de diferentes edades, profesiones y culturas, unas con mayor experiencia en

el ramo poético de la décima, otras incursionando por primera vez en él. Todas transmiten la magia del Sotavento, salen a trovar haciéndonos partícipes de la emotividad con que envuelven sus estrofas. Guiadas por coplas, redondillas y pies forzados, sus décimas reflejan una preocupación común, la búsqueda del ego interno, para alcanzar la paz espiritual, dejando la amargura atrás, disfrutando el entorno cotidiano lleno de valores, recuperando así la sonrisa olvidada en algún lado. [...] Ejercen la décima como expresión oral y escrita, diciéndole al mundo: "estoy aquí, este es mi pensar", demostrando lo que se puede lograr cuando la mujer exclama con profundo sentimiento y lanza una tonada al viento.

Y cito a Valentina:

Confinadas en diversas y sucesivas cárceles, las mujeres no tienen otra historia que la del conquistado poder de sus palabras, la emergencia de sus múltiples, variados y ricos recursos. Siendo cada vez más lejanos los días -aunque no para todas, incluso no para las más- de su silencio, hoy las mujeres, rumbosas y atrevidas, dolientes y nostálgicas, racionales y sensitivas, versan, versan públicamente.

Personalmente me encargué de visitar a Panchita para convencerla de enviar su trabajo. Para mí, ella es la punta de lanza de las decimeras tlacotalpeñas, nativas o anexadas.

Ese mismo año, Rafael Figueroa Hernández editó un disco compacto llamado *Las meras meras decimeras*. Nos había estado grabando a todas *en lo oscuroito*, individualmente, pero con nuestra aprobación, en voz cruda, hablada, aprovechando sus viajes de trabajo. Después le pidió a Raúl Martínez Acevedo que, inspirándose en las voces y temáticas de cada una, hiciera diferentes fondos musicales. El primero de febrero de 2005, durante las Fiestas de la Candelaria, se presentaron ambas ediciones en la Casa de la Cultura.

Ahí nos abordaron Fernando Salas y Antonio Castro García para hacernos una entrevista colectiva y editar el documental que Antonio nombró *Unas mujeres que décimas dicen*.

Entre el documental, los discos –que Rafa Figueroa hizo un segundo volumen al año siguiente- y la difusión más amplia de la tercera convocatoria, logramos ser treinta y dos participantes en el *Mujer en la décima 2005*. Además de haber logrado que se sumara Claudia Silva Aguirre –también le hice una visita personal, ya que había permanecido aislada tanto de la décima como de la jaraneada--se unieron compañeras que, aunque no habían estado cerca del son jarocho, asistieron a talleres de Diego López, Reyna Morales, Diego Cruz y

míos; esto generó un libro muy ecléctico. Pero dejemos que hable la prologuista de esa edición, Yuriria Contreras Peniche:

Emociona también constatar aquí, como en todos los campos, que la participación femenina tiene algo propio que aportar para enriquecer el movimiento y la complejidad de este mundo nuestro que precisa servirse de todas las voces y todos los esfuerzos para encontrar buen camino y nuevas rutas. Pero debo confesar que, más allá de todo lo anterior, lo que me entusiasma cuando me adentro en la lectura de los trabajos poéticos de estas treinta y dos mujeres es (muy lejos de una visión hueca y simplona de lo femenino) descubrir en sus letras y en sus versos diversidad, individualidad, variedad de inquietudes, múltiples tonos, lenguajes personales... Cada una tiene una propuesta, cada quien tiene algo que decir y todas ellas se suben al carro de la décima espinela para expresar esa visión propia del mundo que nace de la forma en que enfrentan, disfrutan y se explican lo inmenso y lo cotidiano. Esto convierte al libro y a esta experiencia creativa en un grande y fructífero diálogo lo que, insisto, me emociona de especial manera.

Con el descubrimiento mutuo y la convivencia entre nosotras, a raíz de estas publicaciones y al acudir juntas a presentarlas, empezamos a detectar las similitudes esenciales entre nuestros trabajos y, por contraste, las diferencias con respecto a la décima masculina.

En los trabajos de mujeres es notable la introspección. Con sus excepciones, podría yo decir que la versada femenina, en décima o en cualquier otra forma estrófica usada en la lírica popular, es emocionalmente profunda. Generalmente el hombre le canta al entorno, lo describe, inclusive lo puede analizar, y exhortar a otros a que lo miren con detenimiento.

Por el contrario, observando los escritos de nosotras, hemos encontrado características que compartimos, como que la décima popular femenina parte de dentro hacia fuera, reflejando nuestra esencia: “es el corazón, y no el cerebro, el que nos lleva el lápiz”, le escribía, casi premonitoriamente, a Diego López en aquella crítica a la convocatoria 2003.

Esas eran las rarezas que observaba cada una en sí misma y que, viéndonos en conjunto, no son tales. Así nos fue ocurriendo a las decimeras populares, independientes de las poetisas mexicanas –de Juana de Asbaje a la fecha-- que pueblan nuestra historia mestiza. En este caso me refiero a las cuenqueñas –por nacimiento o adopción-- que, según las apariencias, hace apenas diez años contemplábamos pasivas a los varoniles y elocuentes trovadores que prestaban sus gargantas a la crónica del Papaloapan. *El fandango es el*

fandango, los calzones y los guantes, el puntalito y la negra Tomasa con criolla seriedad o llanera picardía fueron entretejiendo las aguas crecidas con los pastizales bien peinados. De pronto, cada una de nosotras se dio cuenta de que no estaba sola. En el horizonte del amanecer se comenzaron a vislumbrar efluvios de distintos calderos, donde las brujas preparábamos discretas algunos filtros amorosos. Siguiendo los aromas, pronto nos encontramos, y empezamos a intercambiar recetas, a recolectar juntas nuestras hierbas mágicas y a prender un gran fogón entre todas.

A muchas nos ha ocurrido que, al ver las palabras escritas, nos sorprendemos de lo que plasmamos, acaso más auténtico y profundo que lo que hubiéramos dicho, o incluso escrito en prosa.

Puedo aventurarme a deducir que, cuando está ocupado el hemisferio izquierdo con la estructura, el derecho brota sin jueces interiores. Por lo tanto, es una herramienta poderosa de autoconocimiento, además de haber resultado una actividad que permite el diálogo entre mujeres, ya que rompe el hielo, a partir de la sensación lúdica que el verso detona.

Por otro lado, dicen los neurólogos que existe una hormona llamada oxitocina, comúnmente descrita como la “hormona del amor”. Esta se secreta en momentos muy precisos:

1. Durante las relaciones sexuales, aunque también un simple abrazo cariñoso o compartir sonrisas y miradas prolongadas la hacen brotar.
2. En grandes cantidades, al momento del parto y la lactancia, y los ginecólogos la adivinan responsable del amor instantáneo e incondicional de la madre hacia el hijo.
3. Entre músicos, cuando interpretamos juntos, no leyendo partitura ni pendientes de un director, sino requiriendo poner atención a los otros para hacer lo nuestro. Los estudios neuroquímicos se han hecho con jazzistas mientras hacen improvisación, pero estoy segura de que entre músicos tradicionales de son debe ocurrir de igual forma.
4. También se le conoce como un químico que juega un papel importante en las interacciones sociales, reforzando los sentimientos de confianza entre las personas, por ejemplo. La oxitocina aumenta de manera universal los aspectos positivos de nuestra naturaleza social.

5. En las pláticas de tipo empático *en grupos de mujeres*, del tipo:

-No, manita, no me soluciones el problema, solo quiero ser escuchada.

Conclusión

La colectividad que permite ser *decimista* o decimera popular crea un jubiloso aquelarre. Una capitalización de este aquelarre se hizo con Liefde, A. C. (dedicada a fomentar la cultura de no violencia, y a hacer operativas las leyes a ese respecto, con enfoque de género). Desde 2010, durante tres años consecutivos, se convocó a las *decimistas* para un trabajo de ida y vuelta: cada convocatoria “Un canto de armonía” incluyó varias temáticas, información legal y conceptual para construir a partir de ellas. La intención de ida (y el resultado) fue proporcionar a las coautoras herramientas no solo para la creación, también –y más profundamente-- para, de ser necesario, hacer ajustes en su vida, sus relaciones, su realidad inmediata.

De vuelta, como dice a la letra en la primera convocatoria, fue:

escribir entre todas, una especie de mensaje en una botella, y después tirarlo al mar del universo femenino. Estrofas capaces de despertar la necesidad y la capacidad de diseñar una vida sin violencia, con equidad de género e igualdad entre mujeres y hombres. Vaya, cooperar para la conformación de un mundo ideal y, sobre todo, necesario. [...] El conjuro que entre todas estamos intentando se dará por realizado cuando tú, querida lectora, te mires reflejada en alguno de los trabajos, en alguna de nosotras, nos sepas tus amigas y cómplices, y sientas el impulso irrefrenable de bailar con tu entorno un canto de armonía.

Y la noticia hermosa es que el primer volumen –único que ha tenido recursos para ser impreso-- está ya circulando en talleres de sensibilización en varios estados de nuestro país. ¡Esto le dio un nuevo rumbo al trabajo de las decimeras!